

## CAPITULO XI.

(1864)

Trabajos del clero al saberse la próxima llegada de Maximiliano.—Paseo militar de Márquez por Puruándiro y Pátzcuaro.—Excursión del mismo jefe á Maravatío.—El coronel D. Rosalío Elizondo.—Su defección.—Es ascendido por Márquez á general de brigada.—D. Pascual Miranda.

Poco antes de la ocupación de Pátzcuaro, el imperio no tenía guarniciones más que en las plazas de Morelia, La Piedad y Zamora; estas dos últimas contaban con pequeñas fuerzas francesas que servían también para dar más confianza á los destacamentos de *mexicanos*. Las contraguerrillas tenían orden de expedicionar incesantemente y de batir con energía á los chinacos: ya hemos visto que no fueron remisas en el cumplimiento de sus instrucciones. Esperanzado el clero alto de que con la llegada de Maximiliano, que venía ya en camino, cambiaría la política *herética* que habían impuesto los franceses, no cesaba de influir en que se levantasen en los pueblos actas de adhesión en favor del imperio, lo que sólo conseguía en lugares ocupados por tropas de la intervención. Unía sus esfuerzos á los de las *autoridades* imperiales, á fin de fomentar pronunciamientos en el mismo sentido; pero por entonces todos sus trabajos fueron estériles. Invirtió grandes cantidades de dinero para procurar la defección de algunos jefes que figuraban en las filas republicanas; y el mismo general D. Leonardo Márquez, ya restablecido de la herida que recibió en el ataque de Morelia, dejándole honda cicatriz que le deformó el semblante, hizo dos expediciones con la mira

de ponerse en contacto con las personas que creyó pudieran traicionar la causa liberal.

La primera de aquellas expediciones se hizo por Puruándiro y Pátzcuaro, á mediados del mes de Abril, yendo Márquez á la cabeza de más de dos mil hombres. Oigamos lo que á este propósito dice el escritor imperialista Zamacois, pues que no quiero yo juzgar á los vecinos de aquellas dos ciudades ni hacerles reproche alguno. El lector los hará en vista de las siguientes palabras:

“Satisfactoria debió ser para él (Márquez) aquella excursión, puesto que sólo halló en los habitantes de las poblaciones por donde pasaba, manifestaciones de aprecio en que revelaban su adhesión al nuevo orden y su estimación al caudillo de los principios conservadores. Al llegar á Puruándiro, varias comisiones salieron á recibirle hasta San Antonio. Dominadas las señoras por la idea religiosa, que entonces se hallaba unida á la idea política, enviaron también una comisión compuesta de las más distinguidas de ellas, pertenecientes á las principales familias, y al presentarse D. Leonardo Márquez le ciñeron una preciosa corona de triunfo. Verificado este acto, los individuos que salieron á recibirle le suplicaron que subiera á una lujosa carretela descubierta que habían llevado con ese objeto, y colocado en ella, la gente del pueblo, desunciendo los caballos, estiró el carruaje hasta la plaza principal, dando entusiastas vivas á la religión, al general que conducían y al imperio. Después de un solemne Te Deum, se le obsequió con un suntuoso banquete, y en la noche se le dió un gran baile á que concurrió lo más granado de la sociedad de Puruándiro. Una carta, escrita por un testigo ocular, decía: que había sido recibido con un entusiasmo loco, y que había sido una fiesta en la cual toda la gente estaba llena de júbilo y entusiasmo. Igual cosa decían diversas personas, vecinas unas de Puruándiro y otras de Morelia, que escribieron á sus amigos de México.

“La recepción hecha en Pátzcuaro, á donde llegó el 13 de Abril, no debió lisonjearle menos. “Ayer llegó á esta ciudad “el general Márquez;” decía en una carta escrita el 14, un “respetable vecino de Pátzcuaro, adonde le hicieron una re-

BIBLIOTECA ALFONSO  
 PURUÁNDIRO A. I. N. V. A. I. A. N. A.  
 U. A. M. E.

“cepción muy entusiasta. El júbilo se manifestó de una manera indescriptible. Las calles estaban tapizadas de flores, así como su carretela, que materialmente la alfombraron con ellas, causándole *mucha ternura* ver el interés que manifestaron estos honrados habitantes, por sus valientes soldados, á quienes hacen todas las demostraciones posibles de gratitud.”

“El general D. Leonardo Márquez regresó á Morelia, sin que en su expedición encontrase fuerza ninguna republicana que le saliese á disputar el paso. Pocos días después salió para Acámbaro y Maravatío, á organizar la fuerza del Departamento y poner á esta última población en estado de defensa.”

Hasta aquí el escritor imperialista. Ahora sigamos nuestro relato. En la primera de estas expediciones, Márquez logró ponerse al habla con D. Antonio Huerta, hermano del general D. Epitacio, logrando seducirlo, cosa que le fué fácil, porque D. Antonio ni tenía el talento ni la firmeza de principios de su hermano. Desde entonces se comprometió Huerta á escuchar las indicaciones de Uraga en el sentido de reconocer al imperio. Más adelante volveré sobre este asunto; en este capítulo seguiremos á D. Leonardo Márquez en su marcha á Maravatío. No era su objeto apoderarse de esta plaza y ponerla en estado de defensa; un fin más importante lo conducía hacia aquel rumbo.

Desde hacía dos meses, el partido liberal en Michoacán se mostraba desconfiado del coronel Rosalío Elizondo, jefe de la línea del Oriente del Estado. Este militar no era michoacano, é ignoro los motivos por que el Gobierno de aquella localidad lo distinguió sobre otros jefes, nativos de allí, valientes, patriotas y de mejor talento.

A aumentar aquella desconfianza vino un artículo publicado en la capital de la República, por el *Cronista de México*, periódico netamente partidario del imperio. El artículo de que se trata tiene por título “El jefe juarista Elizondo,” y dice: “Así como lamentamos y reprobamos la conducta de varios guerrilleros que sólo viven sobre la propiedad del honrado ciudadano, así aplaudimos la que observa el general con

cuyo nombre encabezamos este párrafo, y de cuya moralidad y buenos sentimientos ya hemos tenido el gusto de ocuparnos otras veces. Escritores imparciales y justos, jamás atacamos ni denigramos á nadie, porque defienda principios contrarios á los nuestros, por muy errados que los juzguemos, siempre que para la defensa de esos principios se empleen los medios que marcan la justicia y la equidad.

“Nosotros, como nadie, respetamos las opiniones de todos, y somos los primeros que, donde quiera que encontramos una virtud la aplaudimos, así como donde hallamos el crimen lo execramos, sin deternos á examinar si aquélla reside en un adversario político, ó si el segundo ha sido perpetrado por quien pertenece á nuestra comunión política.

“Nosotros no desconocemos, ni hemos negado jamás, que en las filas juaristas militan algunos pundonorosos jefes que miran con disgusto los desmanes y tropelías cometidos por los que, en nombre de la libertad, se creen autorizados para despojar al honrado ciudadano de su propiedad. Antes hemos confesado, en uno de nuestros editoriales, que esos jefes existen; y entre ellos hemos hecho mención del general Elizondo que ahora nos ocupa, el cual, celoso del buen nombre de la causa que defiende, fusiló á mediados de Febrero, como entonces dijimos, al guerrillero Ramírez que se ocupaba, en la Venta del Aire, en despojar á los pasajeros y á los arrieros del dinero que llevaban.

“Firme en estos principios de moralidad, el Sr. Elizondo ha continuado y continúa defendiendo la causa juarista, sin extorsionar á los pueblos, guardando todas las consideraciones á los honrados individuos, y obligando á su tropa á respetar la propiedad.

“Personas que han llegado de Maravatío, donde el expresado Elizondo se encuentra con una fuerza de dos mil hombres,<sup>1</sup> nos dicen que ninguno más enemigo que él de aquellos cabecillas que, sin valor ni fe para combatir, sólo viven del pillaje y de la rapiña, y á los cuales persigue sin descanso,

<sup>1</sup> El escritor imperialista exageró, sin medida, el efectivo de la tropa de Elizondo, que no pasaba de cuatrocientos hombres, de los cuales una parte expedicionaba fuera de Maravatío.

mereciendo por esto las consideraciones y el aprecio de toda la gente honrada.

“Intransigente con el crimen, parece que además del Ramírez á quien fusiló, como dijimos, por los robos cometidos en la Venta del Aire, ha fusilado últimamente á otros dos por igual delito.

“Mucho aplaudimos esa conducta del Sr. Elizondo que quisiéramos verla imitada por todos los que pertenecen á su comunión política.”

Como se ve, este artículo, escrito con toda hipocresía, tenía por mira prestigiar á Elizondo é inculcar la idea de que los jefes juaristas honrados no debían hacer causa común con los guerrilleros.

En cuanto á Elizondo, no había quien no dijese que estaba ya *enyerbado*, es decir, seducido por el oro del imperio, y prueba de ello, eran las onzas españolas que le habían visto algunos de sus subalternos, entre otros el teniente coronel Pedro García que me dió estos informes.

Para quien esta situación ofrecía mayores peligros, era para los patriotas de Zitácuaro que, cuando menos lo esperaran, podían verse envueltos en una traición ó sorprendidos por ella. Para definirla, el coronel Riva Palacio escribió á Elizondo, pidiéndole su concurso, si no para resistir en aquella plaza que estaba á punto de ser amagada por el coronel Clinchant, sí al menos para defenderla por medio de combates librados fuera de ella.

Con fecha 29 de Marzo contestó Elizondo, desde Angangueo, entre otras cosas, lo que sigue: “Sr. Lic. D. Vicente Riva Palacio.—Apreciable señor de mi respeto.—..... La defensa de Zitácuaro es inútil y de estériles resultados, porque aun cuando la defensa fuera fuerte, un sitio por el enemigo es infalible, y como otras dos secciones del mismo enemigo me calculan darme un golpe á mi fuerza, me es imposible auxiliarlo á vd. y que vuelvo á repetirle que una resistencia en Linia por nuestra parte es de todo punto imprudente; en este momento que son las tres de la mañana me retiro para Senigüo ó para Rayón (Tlalpujahuá) según las últimas noticias que me vengan de mis exploradores para saber de la fuer-

za que viene de Maravatio y Tajimaroa y como estas y las que han llegado á Tuxpan pueden serme funestas me es indispensable moverme á esta ora. Vd. podrá hacer de lo manifestado el uso que le combenga que á mi juicio puede vd. retirarse por el camino que le quede á vd. descubierto, pues como son los momentos supremos no puedo yo calcular cual será el que á vd. combenga.....”

El miedo ó la infamia habían dictado la carta que antecede; acaso ambos sentimientos juntos. Riva Palacio logró su objeto de saber que no se contaría con Elizondo para defender la línea de Oriente. A fin de evitar toda responsabilidad por su parte, puso el hecho en conocimiento de Uraga, enviándole un correo hasta Zapotlán. El general en jefe contestó con fecha 12 de Abril: “Sr. Coronel D. Vicente Riva Palacio.—Mi estimado amigo:—He recibido la apreciable de vd. fechada el 2 del corriente, y por su contenido me impongo de todo lo ocurrido últimamente respecto á la ocupación momentánea de esa ciudad por fuerza francesa..... Con franqueza, las razones expuestas por Elizondo en la carta que vd. me acompaña, y que le devuelvo, para no defender la plaza de Zitácuaro, no me parecen fuera de propósito, y por lo mismo le recomiendo haya mucha prudencia, no vaya á aparecer la discordia que divida nuestras fuerzas, etc.—*José L. Uraga.*”

Por el contenido de esta carta pudo convencerse Riva Palacio que estaba aislado en Zitácuaro, y que no debía confiar más que en sus propios esfuerzos para continuar la lucha contra la intervención y acaso contra el mismo Elizondo.

Permanecía este jefe en Maravatio con la doble investidura de Prefecto de aquel Departamento y de jefe de la línea de Oriente. No tenía á sus inmediatas órdenes más que el cuerpo “Lanceros de Huerta” compuesto de cuatro compañías de á cincuenta plazas cada una, y la magnífica charanga que dirigía el maestro Loaliza. Las demás fuerzas de su mando, el batallón que mandaba Cáceres, la guardia nacional de Zitácuaro y un escuadrón de que era jefe el coronel Almeida, expedicionaban por su propia cuenta, procurando estar lejos de Elizondo por la desconfianza que les inspiraba. A fines de

BIBLIOTECA ALFONSO RIVA PALACIO

Abril evacuó este individuo la plaza de Maravatío, manifestando á sus subalternos que en combinación dos columnas de franceses y la división Márquez se dirigían á atacarlo, con el ánimo de conquistar toda la línea de Oriente y dejar guarnecidas las principales poblaciones. Elizondo trató disimuladamente de hacér entender á los suyos que el mundo se les venía encima y que ya no era posible resistir al imperio. Para lograr con mejor éxito su plan, demostrando que la huida misma era ineficaz, salió de Maravatío á media noche, con rumbo á Irimbo, tomó después la dirección de Los Reyes y siguió la marcha á Anganguero por el camino de Tajimaroa; allí le avisó el alférez Olmedo que el río estaba crecido y que del otro lado se hallaban los franceses. Elizondo contramarchó, llegando á Los Reyes á las tres de la tarde. Se dió un ligero descanso á la tropa, el suficiente para que los franceses picasen la retaguardia de los "Lanceros de Huerta," que tomaron entonces la dirección de Pomoca hasta la hacienda del Saúz, á donde llegaron á las diez de la noche. Se mandó dar pienso á los caballos; á la una de la mañana continuó la marcha, atravesando los montes y el desfiladero del puerto del *Chure*, á donde llegaron á las doce del día, y á las tres de la tarde á la hacienda de Puragua, en dirección á Maravatío; allí se volvió á tener noticia de que los franceses estaban inmediatos; se tocó botasilla, y casi á escape salió la tropa con rumbo al Paso de las Ovejas; Elizondo dispuso que los tenientes Félix Esparza y Benigno Pérez cubriesen la retaguardia, con cuarenta hombres al mando del primero de aquellos oficiales. Esparza hizo avanzar á Pérez con veinte hombres y él se quedó con los otros veinte que repartió en tiradores: los franceses los seguían á una vista sin disparar un solo tiro. Al llegar al río trataron de cortar la fuerza de Esparza. Este ordenó á Pérez que sostuviese el fuego, en tanto que él, con los veinte hombres que le acompañaban, acometió lanza en ristre contra los jinetes franceses, á quienes hizo retroceder hasta que se incorporaron al grueso de la columna.

Por lo expuesto se comprende que el enemigo no trataba de batir á Elizondo, y fácilmente se adivina que sus movimientos iban de acuerdo con la intriga premeditada con aquel jefe.

Incorporado Esparza al regimiento, éste siguió al día siguiente hasta las minas de azufre; luego por San Andrés hacia Oztumatlán y la Cañada del Agua Caliente; á otro día se continuó la marcha por Santa Rosa hasta la cañada de Papatzindán. En todo este largo y difícil trayecto, en que ya no eran perseguidos por los franceses, se marchaba de prisa, dejando perdidas las mulas que conducían el parque y no cuidando á los soldados que, por lo tanto, se desertaban en pelotones, favorecidos por lo quebrado del terreno. El día siguiente se venció la jornada en Tiquicheo, no distante ya de Huetamo: á otro día se tomó el regreso por Tuzantla, y finalmente á Tuxpan, á donde se llegó el 10 de Mayo, después de una expedición de más de cien leguas de idas y venidas incomprensibles para el que conozca la naturaleza de aquel terreno. El 11 salió de Tuxpan el coronel Elizondo con una escolta de diez hombres mandada por Esparza, y se dirigió á Irimbo, yendo á apearse á una casa, en donde se hallaban reunidos varios vecinos de los principales de Maravatío. Todos almorzaron juntos y no escasearon las copas. En los postres, y retirado Esparza, Elizondo tuvo una larga é íntima conferencia con aquellas personas, y en la tarde regresó á Tuxpan. El 13, saliendo de este lugar, llegaron á Senguio á medio día, y á las tres de la tarde se tocó llamada de honor, verificándose la junta en el alojamiento de Elizondo. Este, después de haber manifestado á sus subalternos lo difícil de la situación, los reveses que en todas partes sufrían los republicanos, las guerrillas de bandidos que á su nombre talaban el país, la opinión general que, según él, estaba decidida por el imperio, y por último, el pésimo estado de la tropa que era á sus órdenes y que estaba imposibilitada para el más insignificante combate, los invitó formalmente á reconocer al nuevo Gobierno, asegurándoles *bajo su palabra de honor* que, vencidas las gavillas, para lo cual ellos mismos contribuirían, y retirado el ejército francés, como estaba ofrecido, volverían á proclamar la República y á combatir contra el Gobierno imperial: que contando con la buena voluntad y el cariño que le tenían sus subordinados, en justa correspondencia del grande que él les profesaba, se había ya extendido el acta respectiva que él, el primero, había firmado.

Aquellos oficiales oyeron con estupor á Elizondo; todos guardaron el más profundo silencio, y acaso meditaban que en las circunstancias presentes, rodeados por numerosas fuerzas del enemigo, desmoralizada la tropa é inutilizados los caballos, no tenían más expectativa que la derrota y la muerte, y acaso también pensaron en engañar, por de pronto, á su jefe, para volver después, sin él, al campo republicano. Elizondo se aprovechó de aquellos momentos de vacilación, y fué llamándolos, uno á uno, y presentándoles el acta que firmaron sin resistencia. El único que no puso su nombre en el fatal documento, fué el teniente coronel Pedro García. Todos salieron cabizbajos, avergonzados y sin mirarse los unos á los otros, y se dirigieron á los cuarteles. Pedro García ensilló su caballo y salió de Senguio, tomando el camino de Zitácuaro.

El 14 se emprendió la marcha para Maravatío, y antes de llegar á Ichámuco (Chamuco), se presentó D. Leonardo Márquez con una escolta de cincuenta hombres del 5º de caballería. Ambas fuerzas formaron en batalla á uno y otro lado del camino. Márquez y Elizondo se apearon: el primero arengó á los *nuevos* imperialistas y con su propia mano ciñó la banda de general á D. Rosalío Elizondo, y en voz alta lo saludó con vivas que apenas contestaron los soldados. En seguida todos se dirigieron á Maravatío.

Así se consumó aquel infame acto, que fué el ejemplo dado por los jefes del imperio de comprar la traición en el campo enemigo. Ellos, más tarde, habían de recibir los frutos de este proceder indigno.

Los papeles imperialistas aseguraron en esos días que Elizondo se había presentado con una división de seiscientos hombres. Esto no es cierto; en su defección sólo arrastró consigo á los "Lanceros de Huerta," que no llegaban á doscientos, supuesta la deserción que sufrieron en sus últimas marchas que he referido.

Para concluir este capítulo transcribiré el acta de adhesión firmada por Elizondo y los suyos. Dice así:

"En el pueblo de Senguio, á los trece días del mes de Mayo de mil ochocientos sesenta y cuatro, reunidos en la casa habitación del señor general graduado coronel D. Rosalío

Elizondo, dicho señor y los señores jefes y oficiales que subscribimos ésta, y

"Considerando: que siendo mexicanos amantísimos de nuestra patria, acérrimos defensores de su independencia y soberanía, siempre hemos anhelado respetabilidad para ella en el exterior, y que sus destinos hayan sido basados conforme á los principios tutelares de las libertades públicas, del progreso y luces del siglo, que son los únicos elementos capaces de conducir á los pueblos á su engrandecimiento.

"Considerando: que en las actuales circunstancias por las que atraviesa la nación mexicana, desgarrada por crueles guerras civiles desde que consumó su independencia gloriosa, las que la han conducido al estado deplorable en que se encuentra, de no ofrecer para sus hijos ninguna garantía, ni paz, ni orden, y los pacíficos habitantes de las ciudades, pueblos y campos ven desaparecer sus propiedades sin que de ello resulte bien ninguno á la causa pública.

"Considerando: que tal estado de cosas no puede ser duradero, porque las familias no sólo tienen que lamentar la pérdida de sus intereses, sino lo que es más caro para ellas, la desaparición del padre, del esposo, de los hijos, de los hermanos, sacrificados, los unos por la saña de los partidos, víctimas los otros por los hechos de armas que diariamente tienen lugar, cosas todas que dejan en pos de sí un rastro de sangre, lágrimas, ruinas, desolación y espanto, sendas que hoy sólo tiene á la vista el mexicano sensible, de corazón humanitario.

"Considerando: que si bien la República estaba constituida bajo la forma de Gobierno federal, representativo, popular, y sus destinos, por la voluntad de los pueblos, fueron encomendados á la presidencia de D. Benito Juárez, en las actuales circunstancias este Supremo Magistrado ha sido amagado por algunos gobernadores de los Estados para que renunciara su elevado puesto en manos del presidente de la Corte de Justicia, por no merecer la confianza de los pueblos, y otros motivos que ya pertenecen á la historia para su juicio imparcial; y además, la autoridad del Sr. Juárez ha sido tácitamente desconocida en un manifiesto á la nación, suscrito por el ge-

BIBLIOTECA ALFONSO  
 P. H. G. A.

neral en jefe del Ejército republicano, y muchos de los gobernadores de los Estados de Jalisco, Querétaro, Michoacán y Colima, cuyo documento, publicado en Marzo de este año, envuelve ideas destructoras del principio que ha servido de norma á los defensores de la legalidad y la independencia, á la lealtad y buena fe,<sup>1</sup> por todo lo cual la situación del Presidente es precaria, sin que su autoridad sea respetada, sin que sus órdenes sean obedecidas, viéndose, por tanto, entronizada la fiera anarquía, sin que el referido Presidente pueda conjurarla por falta de recursos, de obediencia, de fuerza armada con que hacer respetar su autoridad y los deseos que lo animan por el bien de la nación.

“Considerando: que cansados los pueblos con sus sacrificios estériles, con sostener una lucha que sólo les da por resultado su miseria y su ruina, á lo que debe seguirse necesariamente la pérdida de su nacionalidad, ansían por otro orden de cosas que, salvando la autonomía mexicana y el nombre de mexicanos, les proporcione los goces sociales para los que han sido educados, bebiendo en los raudales de la historia la manera de proporcionarse esa felicidad y los modos de adquirirla.

“Considerando: que aun cuando se le concediera al Presidente de la República todo el poder necesario para conjurar la tempestad que, cual un cataclismo, ha abortado sobre las cabezas de los republicanos, su autoridad debe cesar en Noviembre de este año, conforme á la Constitución que rige los destinos del país, sin que se haya podido verificar la elección de su sucesor por la situación que guarda la República, sin que pueda decirse que entrará á desempeñar este cargo el Presidente de la Corte de Justicia, porque ni ésta existe ni el que fungía como tal lo es en la actualidad, según disposi-

<sup>1</sup> Se refiere aquí el autor del plan de Elizondo, al manifiesto de Uruga que suscribió el Gobernador de Colima; y el Gobernador de Querétaro, es decir, el Lic. Linares que estaba de acuerdo con Uruga, pero no firmó el documento el de Jalisco, que lo era el general Arteaga, antes bien protestó contra él. Se nota que el jesuita que redactó la acta que estoy transcribiendo, al asentar tanta falsedad y al escribir tan hipócritamente, obedecía á las instrucciones de las personas que tramaban la intriga en que quedaron envueltos Uruga, Linares, Caamaño, Elizondo y D. Antonio Huerta.

ción suprema dictada recientemente en San Luis Potósi, que hizo cesar sus destinos á ese Presidente y otros Magistrados de la referida Corte, cuya circunstancia de la acefalía de la presidencia vendría á complicar los males de la nación, creando tantas entidades ambiciosas, cuantas fueran los que aspiran al mando supremo, en ese caso que debe tener lugar próximamente.

“Considerando: que la intervencion europea y el imperio, la primera, tal como se ha anunciado, sólo busca por resultado ver cuál es libremente la voluntad de los pueblos, salvándolos del conflicto en que se encuentran, para que se constituyan del mejor modo posible que les parezca; y el segundo, en su existencia, no ataca la independencia de la nación, sino por el contrario, á la sombra de la monarquía ella se constituirá libre, soberana é independiente, salvando el abismo á que la conducían los errores de sus hijos y las aspiraciones de los partidos en que estaba dividida.

“Protestamos de la manera más solemne, y poniendo por testigos á Dios y á los hombres mis conciudadanos y los de los otros países, que nos adherimos á la intervención y al imperio, como principios salvadores de la nación mexicana; que ambas cosas las auxiliaremos y defenderemos en el modo y forma que nos lo permitan nuestros débiles esfuerzos, en bien del sagrado objeto de que la independencia de México se salve del conflicto que hoy la amaga. Con lo que concluyó la presente acta que firmaron.—General graduado coronel, *Rosalío Elizondo*.—Teniente coronel, *Miguel Camarena*.—Teniente coronel, *Vicente Solís*.—Comandante de escuadrón, *Norberto Salgado*.—Comandante de escuadrón, *Ramón Cortés*.—Capitán, *Rosalío Ruiz*.—Capitán, *Miguel González*.—Capitán, *Vicente Díaz*.—Capitán, *José Olmedo*.—Capitán, *Felipe Castro*.—Capitán, *Vicente Alvarez*.—Teniente, *Manuel Ramírez*.—Teniente, *Félix Esparza*.—Teniente, *Casiano Chávez*.—Teniente, *Francisco Alejandro*.—Teniente, *Benigno Pérez*.—Teniente, *I. Peralta*.—Teniente, *Tiburcio Zamudio*.—Teniente, *Francisco Olmos*.—Teniente, *Silverio Farfán*.—Teniente, *Felipe Chávez*.—Alférez, *Nemesio Elías*.—Alférez, *Marcos López*.—Alférez, *Antonio Salmerón*.—Alférez, *Juan Contreras*.—Alférez, *Ventura*

Orozco.—Alférez, *Manuel Llanos*.—Alférez, *Pedro Elizondo*.—Alférez, *Pedro Torja*.—Alférez, *Rafael Tapia*.—Alférez, *Miguel Mares*.—Alférez, *Juan Flores*.—Alférez, *Jesús García*.”

Después de haber apoyado Márquez la defección de Elizondo, regresó á Morelia, creyendo que la línea de Oriente quedaba pacificada. Ya lo veremos, cuando comprendiendo su error, tuvo que emprender una seria campaña sobre Zitácuaro.

Los periódicos del imperio hicieron mucho alarde de la importante adquisición de Elizondo, y de que también hubiera reconocido al imperio el general D. Pascual Miranda, quien acompañado de dos ó tres oficiales, se desertó en Pátzcuaro y se dirigió á la ciudad de México, en donde la Regencia le revalidó su despacho. Ni el imperio ganó algo ni la República perdió nada con esta conducta de Miranda. En cuanto á Elizondo, el Gobierno intruso le nombró desde luego Comandante Militar de Maravatío, con beneplácito del vecindario de aquella villa.

CAPILLA ALFONSO  
MUSEO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA  
C. A. M. E.